

**Alzaré la copa
de la salvación,
invocando el
nombre del Señor.**

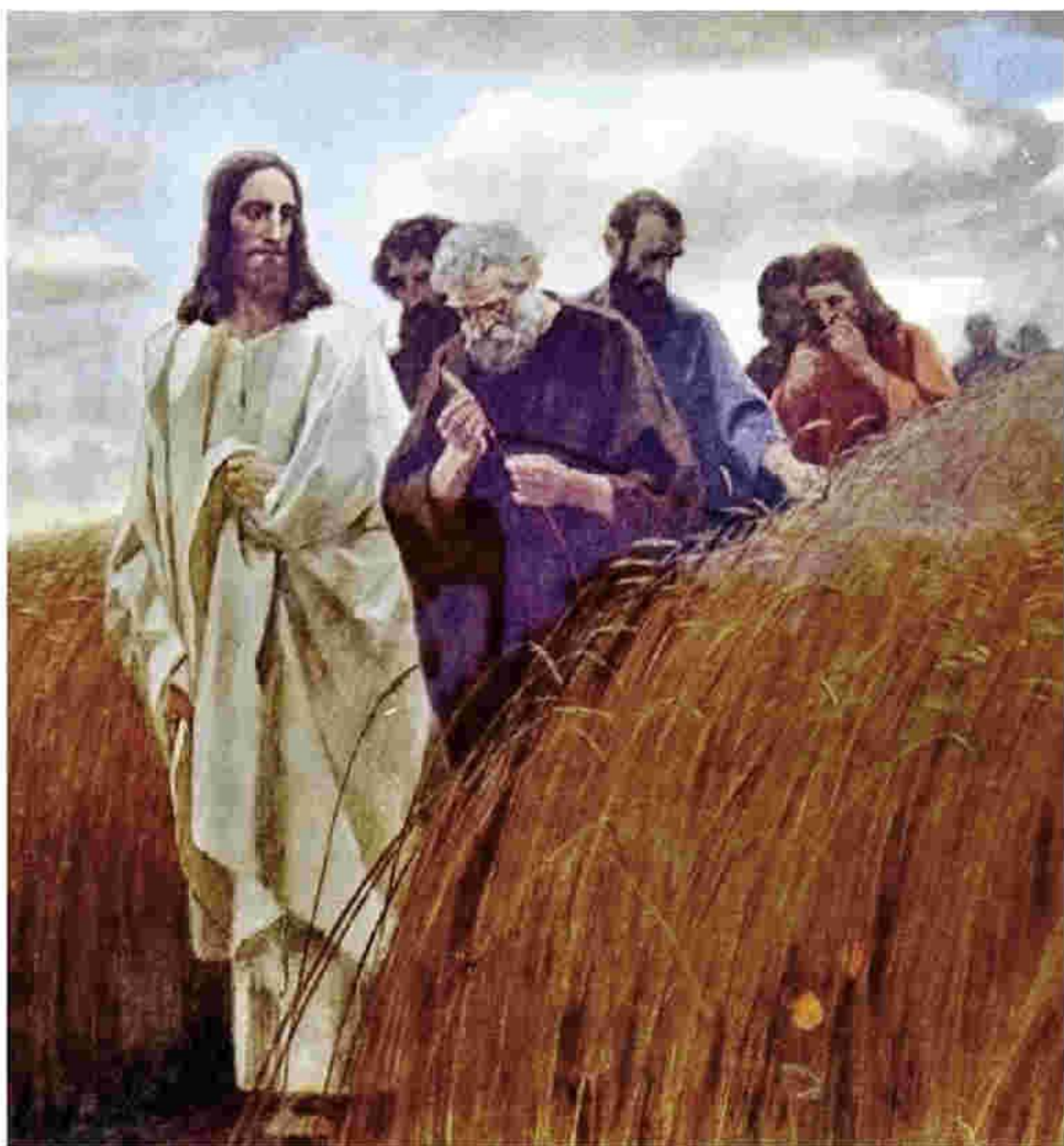
-Salmo 115-



***Viernes XV
Tiempo Ordinario***



**NADA HAY QUE
MEREZCA TANTO
NUESTRO
RECONOCIMIENTO
NI QUE SEA MAS DIGNO
DE AUTORIDAD
SOBRE NOSOTROS
QUE EL AMOR.**



Mateo 12,1-8

**“Quiero
misericordia
y no
sacrificio.”**



Hoy el Señor nos enseña a ser humanos y comprensivos y nos da una norma de conducta muy sencilla: la compasión. Por encima de todas las normas está la ley principal que trajo Cristo: la ley del amor y de la misericordia. La ley no es un objeto monolítico, estable, absoluto (como pretendían los fariseos), sino un medio puesto por Dios para el bien de los hombres. Esta es la verdadera ofrenda, el verdadero sacrificio: dar la vida por amor.



Por consiguiente, la ley tiene una importancia relativa. "Misericordia quiero y no sacrificios": aquí está lo nuclear. El alma de toda Ley es el amor a Dios y a los hombres.

No es cuestión de ritualismo exterior sino cuestión de corazón.

Y un corazón sin compasión es un corazón autosuficiente, que va adelante sostenido por su propio egoísmo, que se vuelve fuerte sólo con ideologías, que solo se mira a sí mismo, que se engríe con el orgullo y la prepotencia.



Un corazón así es, en definitiva, un corazón endurecido, de piedra.

Y en los corazones duros no puede entrar el Señor. El Señor entra en los corazones que se asemejan al suyo, en los que están abiertos a la conversión, en los corazones que son misericordiosos, en los corazones sensibles a las necesidades de los que le rodean, en los corazones abiertos al perdón, en los corazones que no llevan cuentas del mal.



“Misericordia quiero y no sacrificio” significa que no debemos pensar que todo está hecho por haber rezado y asistido a misa. Si después de rezar tratamos con dureza a nuestros hermanos, no agradaremos a Dios. Damos culto verdadero a Dios cuando nuestros actos brotan de la Misericordia y de la Caridad. El sacrificio que más agrada al Señor es la ofrenda de amor vertida en el icono de Cristo que más cerca tenemos: nuestro prójimo.



Si pregunto:
"Señor, ¿cómo quieres
que te ame?", oigo...

"Ámame
en tu prójimo".